

José Luis López Vázquez

Se ha ido el más completo y, posiblemente, el mejor actor cinematográfico español. Nadie como él ha pasado por todos los géneros, desde los más alimenticios hasta los más exquisitos, demostrando siempre una extraordinaria facilidad para la interpretación y traspasando la pantalla a golpe de talento. Ahí quedan, para quien quiera conocer una parte fundamental de nuestro cine, sus películas con Berlanga, Saura, Ferreri... y también, como retrato de una época, sus comedias más o menos disparatadas.

George Cukor, tras trabajar con él, quedó asombrado por su categoría como actor. Tenía razón: José Luis estaba a la altura de los grandes actores de la historia del cine, su calidad interpretativa no tenía nada que envidiar a la de esos colosos que han dominado la comedia y el drama, como Jack Lemmon, Alec Guinness, Gassman o Sordi.

Lo conocí al proponerle rodar *El bosque del lobo* (1970) y desde entonces decidí contar con él en cuanto hubiera un personaje a su medida. El trabajo en la preparación de su complejo personaje fue de un nivel como nunca he visto. No había estudiado interpretación y su método consistía en encerrarse en una habitación en silencio con los codos apoyados ante el guión; al final había escrito más en las páginas en blanco de la izquierda que texto había en las de la derecha. Lo hacía siempre, sobre todo porque solía rodar varias películas a la vez (unos años antes, en 1967, intervino en doce, una por mes) y así sabía cómo eran sus personajes en cada momento, rodara lo que rodara.

(...) Hace un par de años, despedíamos en el escenario de Teatro Español a otro genio del espectáculo, Fernando Fernán-Gómez. Estando sentado en una de las mesitas como de café que rodeaban el féretro y donde se hacía tertulia con los amigos que venían a despedirse de Fernando, vi subir al escenario a José Luis. Me levanté para ayudarle y, agarrándose a mi brazo, me dijo: “El próximo voy a ser yo”.

Este verano intenté que grabara la voz en *off* del padre de la anciana en la versión teatral que ensayábamos el *El pisito* y fui a su casa. Ya estaba ciego y oía mal. No pudo ser este último homenaje que pretendía hacerle. La última imagen que guardo suya es agarrándome la mano, mirándome sin ver –¡esos ojos de López Vázquez!– y recordando cosas del rodaje de *El bosque del lobo* que yo había olvidado.

En esta ocasión, su despedida ha sido en el escenario del María Guerrero, donde debutó como actor teatral. En una de las coronas, depositada a sus pies, se leía: “¡Qué disparate!”. Era la de sus hijos, a los que siempre respondía con ese latiguillo, hablaran en serio o en broma.

Y, a partir de ahora, el cine español va a tener que seguir sin López Vázquez... ¡eso sí que va a ser un disparate!

Pedro Olea, *Academia*, número 162, diciembre de 2009.